

Mas tierno y derretido que alfeñique,  
Los ojazos abrió casi diurnos.  
Iba el ladrón contando por sus turnos  
Desde el dedo mayor hasta el meñique,  
Y si otro fuera, me la diera á pique;  
Que amor sabe jugar cientos nocturnos.  
Vió la ninfa, y disparando un rayo,  
Déllico sol, tercero de un canuto,  
La dió sin mas ni mas cierto desmayo;  
Pero el cobarde amante hijo de un gulo,  
Saliéndose, mirándola al soslayo,  
No quiso hacerla Porcia, siendo Bruto.

Yo, que me preciaba de poeta medio culto, dije:

La diurna Amariles, por el rumbo  
Fatal del venatorio bamboleo,  
Donde el fogoso campo de Himeneo  
Sirve palestra al palpitante tumbo,  
El coturno de nieve, no de chumbo,  
Derrite en el Vulcano giganteo,  
Y si amor se preciara de pigmeo,  
Títere pareciera en el columbo.  
Vénus, que en tales actos no se zumba,  
En lengua erasma, articulando á Erasmo,  
Habló la gatomaquia gatatumba.  
Dióle al hijo de Chipre el asma ó asmo;  
Y ella, revuelta en holandesa tumba,  
Tuvo gota coral de pasmo á pasmo.

Como no faltan poetas ridículos, otro académico dijo el que se sigue:

En Tirias tersas de púrpura pompa  
Amariles deidad colura campá,  
Y unos talares de cristal se zampa,  
De Vénus alma, de Mercurio trompa,  
Sin temer que un mosquito la interrompa,  
En fuegos sulfureantes ampos ampa;  
Cuando su ninfa su coturno estampa  
En el que Adonis, jabali se rompa.  
Colúbralo la diosa medio zamba,  
Y queriendo imitar á la hecatomba,  
Extiende helante la cerúlea gamba;  
Suspiros gira por luciente bomba,  
Y el hijo propio del nocturno Bamba,  
Cuadrupedantes rayos le rimbomba.

Otro poeta dijo al mismo asunto este romance:

Calzabase los coturnos Con mucho descuido el sol, Que también se calza el día Sus dos medias de color. Cuando la bella Amariles De su oriente despertó, Y con la luz de sus ojos Sus nevados piés calzó. Colocada en una almohada, Con diez azucenas dió Sepultura á diez jazmines, Rayos sí, del niño Dios. Su descuido dió cuidado A un nuevo Adonis poltron, Que viendo abrasarse el día, Con mucha flema se heló. Divisó por las columnas Donde Hércules no llegó,	Todo el imperio de Vénus, De quien pudo ser arpon. Miró en dos ejes partido Todo Chipre, donde amor Jugó cañas tantas veces En torcido caracol. Parecióle al pobre amante Que aquel jardín se cerró, Y ni aun con llave maestra A abrirlo no se atrevió. Como un amante de plomo Paso á paso se llegó, A ver trozos de cristal Arder en fuego menor. Alzó Amariles aquellos, Soles sí, luceros no, Y con un eclipse templado Todo el orbe sepultó.
---	---

Volvióse la academia capítulo de jácaras, adonde los senadores de las musas jacarandinas se ponían á jugar los pleitos de la vida rufiana. Entre ellos habia dos hijos de esta ciencia; el uno se llamaba Añasquillo de Toledo, y el otro Ectongo el de Talavera, y contábase el uno al otro su vida y milagros en estos versos:

Contando está sus arañes, Como si fuera moneda, Añasquillo el de Toledo A Ectongo el de Talavera. Escúchame, amigo mio,	Confesaréte mis rentas; Y si no absolvieres dudas, Oyeme de penitencia. Seis años ha que me puse A guardálo en esta tierra,
---	---

Examinado de caco En la Vera de Plasencia. Yo y Colmenar competimos En ajustar una reja, Multiplicando guarismos Sobre el libro de una puerta. En menos de cuatro mayos, Como si fueran ovejas, Trasquilamos en camino Muchas personas de cuenta. Saqueamos en la Palma Poco menos de doscientas, Que para reses perdidas Se hicieron nuestras tijeras. Partimos nuestra ganancia En la vega de Antequera, Y si no fuera por mi La partimos en galeras. Con todo nos dieron caza, Y fuimos sobre conciencia Presentados en la cárcel Sin bendicion de la Iglesia. Allí conocí tus mañas	Apretándote las cuerdas, Siendo confesor de azote, Por ser mártir de la pena. Dícenme que te gaznate, Ha probado á la jineta Muchos hombres de dos caras, Testigos de tu destreza. En la selva Caledonia Y laberinto de Creta Fuiste robador de Edropa Y otro París de tu Elena. Acogistete á sagrado, Al pié de Sierra Morena, Con la Julia á la italiana Y la Octavia á la francesa. Ya te conocen en Flandes, En Corfú é Inglaterra Por soldado del araña, Pues como gato peleas. Pareciéramos los dos Colgados en una entena Fruta de pagar delitos, Que madura estando seca.
---	---

Dieron fin á la jácara, por gozar de la comodidad de cierta carroza, que nos aguardaba á mí y al juez, con dos amigos que en ella venían para ir á cierta casa, de que haré mencion adelante. Yo dije entrando en ella que no habia descanso y comodidad mayor para la vida humana como la de un coche, y respondió mi juez: Por cierto, señor don Gregorio, que tuvo poca razon Demócrito en poner la felicidad del hombre en reir, Heráclito en llorar, Platon en la virtud, Aristóteles en el honor, Filon en el amor, y otros muchos en diferentes acciones y virtudes. Si ellos dijieran que no la hay mayor que la comodidad de cada uno, anduvieran acertados; y no niego haber en el mundo verdad, justicia, razon, virtud, misericordia, amistad, limosna, honra, caridad, templanza, fortaleza, prudencia y sabiduría; pero antes que se ejecuten todas estas morales y políticas virtudes, entra primero la comodidad de cada uno. Porque el hipócrita adquiere santidad por malos medios, siendo mártir del demonio; pero toda esta santidad fingida no es ejecutada sin que primero la comodidad tenga su imperio en la misma hipocresía. En el vientre de la madre la busca el hombre, pues despues de haberse hallado nueve meses en el albergue natural, rompiendo las tunicas que le cubrían, sale á buscar la comodidad del aire. La madre hace lo mismo, pues para eximirse del dolor que la oprime, arroja el hijo por su comodidad á los umbrales de este siglo, y apenas respira, cuando la busca con los labios, y obrando con la razon, no hay deleite que no anteponga á toda virtud. Si está enfermo, no hay doctor que no busque, remedio que no tome, pesar que no advierta, dolor que no reprima, tirando al remedio hasta alcanzarlo, y cuando no lo puede conseguir, busca la muerte, la cual sirve de comodidad al hombre, cuando los dolores no admiten humano remedio. Los jueces, primero que lo seamos, buscamos no ser juzgados de otros, y primero adquirimos comodidad propia que busquemos á la justicia la suya. Los señores de título primero la buscan para la conservacion de su estado y personas, despues entra la liberalidad y la nobleza. Hasta el culto divino la tiene para ejercer sus oficios espirituales en sus primicias

y rentas eclesiásticas; despues entran el amor, la caridad, la doctrina, el celo y fervor espiritual. El hombre mas amigo de la honra mira primero el provecho que ha de sacar de ella, y á veces no es todo virtud el conseguirla, porque la honra sin comodidad propia nunca fué buena, aunque lo sea. Todos los oficios de la república procuran la perfeccion de la obra, pero primero su comodidad; despues entran el trabajo, la manufactura y la perfeccion del arte. El que se halla incapaz del siglo, busca su comodidad primero, y aunque sea para servir á Dios, pone la mira en su comodidad; despues entran la abstinencia, la disciplina y la obediencia. El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando los oficios que tienen menos riesgo de la vida; despues entra el agrandar á los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales busca la comodidad de la guerra para su descanso, y antes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo ó enemigo, si le pagan ó no le pagan, si le honran ó no le honran; despues entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar. El amor del padre para con el hijo la busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que mas ama y quiere á su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer de mas amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulacion, el mercader en la usura, el escribano en la pluma, el labrador en la nube, el tahur en la flor, el cortesano en la lisonja, el malisín en la traicion, el ladrón en la noche, el homicida en la sangre, la doncella en la esperanza, la viuda en el monjil; y todos, antes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservacion del individuo.

Aquí llegaba el juez con su discurso cuando se apearon los tres, y me dijeron no saliese del coche porque iban á ver si yo podia gozar de la conversacion de ciertas niñas. Hicelo así, y apenas entraron en la casa donde paró el coche, cuando cercaron la carroza tres hombres, diciéndome el uno que saliese de ella si no queria morir; yo lo hice por la parte mas flaca del estribo con tanta ligereza, que tuve lugar de sacar la espada y ponerme en defensa. El cochero dió voces á mis amigos, y saliendo todos se pusieron á mi lado. Reñimos valerosamente mas de un cuarto de hora sin conocerse ventaja, hasta que el juez conoció á su alguacil Torote por la pinta; yo me sentí herido en el brazo izquierdo, y acordándome de mi tío el cirujano, di conigo en casa de Tamayo, adonde recibí en cuatro dias absolucion de mi culpa. No paró aquí la indignacion y cólera de Torote, porque me buscó varias veces en la academia, hasta que una noche me sucedió la fortuna que se sigue.

#### CAPITULO XII.

De lo que sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos.

Serian las diez de la noche cuando salimos segunda vez de la academia; despedí á mi primo, que estuvo en

ella, por ir mas ligero, y á mi juez, por ir mas seguro de honra, que cada día queria volver atrás la palabra que me habia dado. Fuíme por la calle de las Carretas, y di en la Puerta del Sol, y al querer subir por la Red de San Luis oí que me llamaba una mujer tapada, diciéndome: Ah, señor don Guadaña, váyase despacio, que allá vamos todos. Detúveme, y conocí á mi doña Angela de Bracamonte por la pinta de la voz, que pintaba serafines de oro. Luego me ofrecí, como amante, á irla acompañando, y díjome que no vivia donde solia, por cuanto se habia mudado á cierto barrio; quise saberlo, y no hubo orden. Parecióme que venia á tentarme de matrimonio; pero engañéme, que no habló en él. Dimos en el Prado, adonde me despidió, diciendo que de ninguna manera la habia de acompañar ni saber su casa. Extrañé el modo con que me despedia, y con intento de irla siguiendo la dejé algo sentido de su descortesía. Tomó el camino, y á la deshilada la fui siguiendo hasta que se detuvo y sentó junto á una fuente del Prado, y sacando una vihuela pequeña, que yo no vi con haber hecho las ceremonias de amante que acompaña de noche á su dama, empezó á cantar con tan suave voz, que admiró los galanes y damas de la carrera. ¡Válgate el mismo Orfeo por sabandija! ¿Quién te armó de vihuela, no habiéndola traído ni habiéndotela dado? Con esta admiracion estuve hasta que dió fin á su música, diferente de la que yo la di con Téngase á la justicia. Serian las doce de la noche cuando por el Prado arriba iba mi doña Serafina sola, y yo siguiéndola; empezó á mentear el paso, y como la luna daba bastante luz para no perderla de vista, determiné saber su casa y ver en qué parte podia aquella mujer llevar la vihuela.

Al llegar á lo último del Prado, junto á un álamo estaba durmiendo un hombre; llegóse á él mi Angel, tiróle de los piés, y sacólo á campaña; él recordó á tiempo que la ninfa habia pasado de largo; no sospechó el dormido que podia ser otro que yo el que le habia hecho aquella burla, y sacando la espada que traía al lado, embistió como un león á matarme. Ella que vió la impensada batalla, dijo en alta voz: ¡Ah, señor don Gregorio Guadaña, apriete los puños, que le va la vida! ¡Dios nos libre! Apenas oyó mi nombre el que reñia conigo, cuando como un desesperado se arrojó con tres estocadas sobre mí, y de la menor me hubiera muerto, á no hallar su espada resistencia en una cota de malla que llevaba. Conocióme luego por el alguacil Torote, porque me dijo: Traidor, con tu sangre se sacará la mancha de mi afrenta. Esto es hecho, dije entre mí; sin duda que mi sangre es sacamanchas de honras, y me la quieren quitar; y lo hicieran á no venir de ronda el mismo alguacil Téngase á la justicia, que se puso á mi lado en agradecimiento de haberle hecho volatín. Torote dejó el Prado por no visitar la cárcel, y yo sin duda fuera á dormir á ella si no llevara cuatro reales de á ocho que lo estorbaron, asegurándole al ministro que solo habia querido defenderme de aquel hombre que me habia salido al camino á quitar la capa. Creyéronlo así, y dejáronme, llevando mi dinero á la cárcel de su

bolsa. Yo quedé dando al diablo á mi Angela, y tomando mi camino por la calle de Alcalá, con intento de irme á mi posada.

Hallé á la puerta á mi primo y sus camaradas, que me estaban aguardando para ir á rondar; contéles el suceso y lo bien que habia salido de las aguas de Torote, y calificáronme por el Cid Rui Diaz. Solo sintieron que no hubiese sido el conde de Carrion con doña Angela. Serian las dos de la noche, y la señora Diana las habia afogado á los antípodas; no se hallara un rayo de su luz por un ojo de la cara. Vivía un boticario recién casado en la Carrera de San Jerónimo; ordenamos de darle un chasco. Llegué yo, como mas atrevido, y empecé con el pomo de la espada á llamar á la puerta; él dormía en un cuarto bajo, y respondió lo acostumbrado: ¿Quién está ahí? Abra usted, le respondí, que cierta necesidad precisa nos obliga á llamar á estas horas. No abro yo mi botica, dijo, á las dos de la noche á ninguna persona; venga mañana. Sosegámonos un poco, y con un canto razonable llamé otra vez, á cuyo alboroto, algo alterado, dijo: ¿Quién es, quién es? Suplico á usted, le respondí, abra, que es lance preciso y obra de caridad. Hermano, replicó, ya os he dicho que venga mañana, porque mi botica no se abre de media noche arriba. Estuvimos quedos otro cuarto de hora, y con otro pelado mayor que el primero á manteniendo llamé tercera vez, á cuyo golpe temblaron las redomas, y el boticario dijo: Por vida de doña Lucrecia Bampulla, que si me levanto que ha de costar triunfo el Namamiento. Yo le respondí: Abra usted y sabrá lo que quiero, y despues me disculpará. No lo hizo, y yo á dos manos entendí romper la puerta á golpes. Aguarden con los diablos, respondió, que ya me levanto. Hizolo así, y abriendo su botica, dijo: Hombre del demonio, ¿qué me quieres? Yo le respondí: Suplico á usted sea servido decirme si este cuarto es falso. Él quedó con él en la mano, y nosotros nos fuimos por la calle abajo solemnizando la burla.

Llevaba mi primo un dominguillo de paja, vestido de colorado, espantosa figura, en un palo alto, bastante para el intento que diré. Vivía junto al Caballero de Gracia un doctor de medicina, el cual tenía una mujer algo medrosilla; llegamos á su puerta y llamamos; él respondió del primer cuarto que caía á la calle, diciendo: ¿Quién llama? Suplico al señor doctor, respondí, se asome á la ventana, que le quiero hablar dos palabras de parte del Conde, mi señor. ¿Qué conde ni qué acá? replicó él; id con Dios, hermano, vuelva mañana. ¿Cómo vuelva mañana? dije yo llamando otra vez; asómese á esa ventana el señor físico, que importa la vida de un príncipe. Vete á echar, hermano, respondió, que yo no me levanto á estas horas. Serále fuerza, dije, apedreando la puerta, á cuyos golpes se levantó, y como tenía luz, y su mujer le rogase que se asomase á la ventana, la abrió á tiempo que mi primo metió por ella el dominguillo, y dándole con él en las barbas, oímos que dijo la doctora: ¡Ay, hermano, que se nos entra el diablo por la ventana! Él conoció la burla, y tomando

su espada y broquel, salió á la calle. Mi primo tenía ya un pellejo de agua para reparar el golpe, y como el doctor le tirase una estocada, á un mismo punto empezó mi primo á pedir confesion. El físico, entendiendo que le habia muerto, se entró en su casa, y por librarse de la justicia, que presumía habia llegado á socorrer el herido, empezó á saltar tejados y alborotar la vecindad. Como iba en camisa, ningun vecino le queria recibir, entendiendo ser algun espíritu ó fantasma venida del otro mundo.

Levantamos el difunto pellejo, y dimos con nuestro cuerpo en la calle de Toledo, y por ella venía una ronda. Iba en nuestra compañía un sastre, llamado Juan Grande; nosotros nos detuvimos, y él se adelantó y paró en una esquina rebozado con su capa. Llegaron los porteros, y dijeron: El señor cabo de ronda pregunta quién es usted. Nuestro camarada respondió muy á lo grave: Decid que un grande de España. Los porteros volvieron atrás, y dijeron al cabo: Señor, es un grande de España. Alborotóse el cabo, y díjoles: Apartaos á un lado, apartaos presto; y llegándose con mucha cortesía, el sombrero en la mano, y la ceremonia política en los piés, le dijo: ¿Quién es vuecelencia, quién es vueseñoría? para que le vamos sirviendo. El respondió: Señor, soy Juan Grande, el sastre. Esto dijo valiéndose de los piés, y nosotros hicimos lo mismo por escapar nuestros cuerpos de tanto corchete como le acompañaba.

Venia mi señora la alba llorando auroras cuando nos apartamos de la noche, y cada uno fué á su posada á dar su tributo al sueño, como dicen los asentistas de Morfeo. Yo dormí dos horas, y á las siete de la mañana estaba en casa de mi doña Angela, preguntándole por la vihuela con que cantó en el Prado. La niña me respondió si venía loco. Señaléle la hora, y respondiome: Por vida de mi madre, señor Guadaña, que anoche á la hora que usted dice estaba yo en mi cama tan señora de mí, cuanto ajena de usted. ¿Es chasco? la dije yo, porque los dimos anoche mi primo y yo tales, que no tendrá lugar el que usted me quiere dar ahora, negándome que la señora doña Angela no fué conmigo anoche al Prado; conmigo estuvo, diciéndome se habia mudado de esta casa, cosa que yo no creí, por cuya causa la fuí siguiendo, y no tan sin cuidado que no me le diese mayor verla sacar una vihuela y cantar con extremada gracia:

En los ojos de Amarilés  
Madrugaba un claro sol.

En verdad, señor don Gregorio, dijo la vieja, que no madrugaban los de usted, que debían de dormir; pues ¿no se acuerda, diga, pecador, que anoche á las diez estuvo en esta casa dando muchas satisfacciones, y no pagando ninguna, de que no habia venido á ella por haber tenido un pleito sobre su mayorazgo? ¿Yo pleito? dije; ¿yo mayorazgo, yo satisfaccion? Buena está la burla. ¿Qué burla? dijo doña Angela. ¿Viene loco? ¿No se acuerda que despues de mil promesas que anoche me hizo, la postrera fué darme palabra de casamiento?

De todo me acuerdo, la dije, sino de la palabra de esposo, y niego haber estado anoche en el Prado, y que la señora doña Angela fuese conmigo, y niego lo de la vihuela, lo de la ronda, y sobre todo lo del casamiento. Eso será si pudiere, dijo la vieja; pero no podrá, que hay Dios en el cielo y justicia en la tierra. Yo quise salir de aquella maldita casa, cuando agarraron de mí las hermanas de la moza de golpe, y dando voces en favor de su honra, la vino á socorrer un notario, un alguacil, un escribano, tres malsines y mi primo Longobardo, los cuales me cercaron, aconsejándome que cumplierse la palabra dada á la señora doña Angela, pagándole su virginidad, si no queria dormir muchos dias en la cárcel, y al cabo casarme por fuerza y con mala reputacion. ¡Ay! dijo la vieja llorando, no crean ustedes á ese Páris traidor con esta inocente Elena, que los engañará como engañó esta casa, deshonorando el antiguo blason y ilustre sangre de los Bracamonteses, solar bien conocido en las montañas de Jaca. Antes que viniese á este albergue estaban estas niñas doncellas en conserva, tan recogidas, que ni aun el sol las miraba; era un monasterio, y ahora por mis pecados lo es de arrepentidas. No le dejen ustedes de la mano hasta que la honra de mi Angel esté satisfecha, pues con la gua-

daña de ese mal hombre está derramando sangre, pidiendo venganza contra el homicida que la degolló. Testigos tengo; aun vive el himeneo que profanó; no dirá que fué fingido estando tan reciente; ténganle, señores, y consideren que los corales de la honra que esta niña guardó veinte y dos años, este ladrón se los robó en un abrir y cerrar de ojos; si no hay justicia en la tierra, la pediré al cielo. Mucha honra le hace esta niña en casarse con él, y si no se la hubiera quitado, primero cegara que tal viera; pero este negro amor, este negro querer bien ciega á las mujeres y da vista á los hombres; ellas quedan cargadas en el duelo del honor, y ellos descargados en el del amor; últimamente, ó se case con mi Angel, ó vaya condenado al infierno de un calabozo. Yo estaba tan fuera de mí, cuanto ella dentro de su casa y su bellaquería. Mi buen primo decia que la vieja tenía razon; los ministros de justicia que era justo que yo casase sin pleito; los malsines aseguraban y juraban que me habian oído lo de palabra de esposo, y algunos que habia hecho vida matrimonial ó aña. En fin, yo dije que fuésemos á la cárcel norabuena, que mas queria acabar con honra en ella que vivir con deshonra toda mi vida en aquella casa...

FIN DE LA VIDA DE DON GREGORIO GUADAÑA.